

Del gesto en la lectura: construcción social del lector decimonónico

Carmen Elisa Acosta Peñaloza
Universidad Nacional de Colombia

Diffícil no sonreír cuando me encuentro con los lectores descritos por Italo Calvino en su novela "Si una noche de invierno un viajero"¹ y tengo que observar mi propia actitud lectora y la manera como ocupó el espacio. Quizá no leo sobre la grupa de un caballo, como un lector de Calvino, pero sí me sorprende ante la mirada de ese lector que hojea los libros en las librerías, les da un vistazo en el trabajo o cómodamente en su lecho interrumpe la lectura para preguntarse si debe quitarse los zapatos, si lo aturde el televisor, o si, lo que sería terrible, no ha dejado los cigarrillos a la mano.

Calvino me induce a pensar en esos hábitos que se van adquiriendo con el tiempo y que se desarrollan sin detenerse a reflexionar en ellos. Esos gestos que realiza el lector al ocupar un espacio, que nutre y carga con su propia corporeidad: gestos que se construyeron con el tiempo, que aunque en apariencia son espontáneos, surgieron de lo aprendido.

Se trata de los gestos que caracterizan la individualidad y por eso mismo son partícipes de las expresiones culturales de una colectividad, en una época determinada. El gesto implica movimiento, reacción, comunicación. Se trata de una forma de expresión en la que actúan la tradición y las convenciones que están construyendo el discurso mismo.

En dicho escenario está presente el individuo que lee y la reiteración de unos gestos que una y otra vez hace presentes en un hábito en el que confluyen dos mundos: el de lo conocido, en el que interviene su tradición lectora, y el de lo desconocido, que se constituye

en la nueva experiencia que se va desarrollando en él, mientras lee.

Es así, como se puede considerar que observar los gestos en la lectura es una manera de conocer ese movimiento en que consiste el acto de leer. Aproximarse a estos gestos más evidentes que se van convirtiendo en actitudes permite apropiarse de otros gestos menos evidentes, quizá menos notorios, pero de pronto más arraigados, de los que participa el individuo y que han sido contruidos a través de su historia y la de su colectividad.

De otra parte, leer literatura es un oficio que se aprende con el tiempo, como una práctica que sólo es posible si antes se ha aprendido a leer. La aproximación a un texto literario supone, entonces, la aceptación no sólo de determinadas convenciones sino a la vez la puesta en práctica de una serie de estrategias que confluyen desde el pasado; práctica en la que es consciente en algunos casos la ruptura, pero en la que tiene preeminencia la tradición.

El gesto entonces se constituye en huella de lo acostumbrado, de lo cotidiano, en la que el historiador de la literatura, de la cultura, puede inferir la manera como una sociedad asume el acto de leer y el papel social que adjudica a la literatura, en espacios como lo público y lo privado, lo permitido y lo no permitido.

La educación se constituye en ese espacio privilegiado en el que la sociedad imprime en los diversos grupos una serie de gestos y hábitos que determinarán en el futuro su manera de apropiarse un texto y realizar

1 Italo Calvino. *Si una noche de invierno un viajero*. (Barcelona: Bruguera, 1983).

su propia actividad lectora. Es por esto, que se puede plantear la educación como el inicio de una larga selección que en el futuro posibilitará el acto de leer literatura. Es allí donde se inicia ese aprendizaje de lector que se activará cada vez que esté frente a un texto.

Esta concepción de los gestos y su origen en la educación, es particularmente útil al investigar los procesos literarios en Colombia a mediados del siglo XIX. La educación se constituyó en el factor inicial de los procesos lectores, que se adaptaron al reconocimiento que se tuvo de la participación de la literatura y el acto de leer en las costumbres y de allí del poder que se le adjudicó a las letras. Si bien la prensa literaria se constituyó en el factor fundamental de construcción de lectores literarios en Bogotá, la educación fortaleció dicho proceso.

A continuación mencionaré uno, entre los muchos gestos implementados en los colegios católicos bogotanos de mediados de siglo: la memorización y el catecismo en el aprendizaje de las primeras letras. Quizá así, contribuya a una explicación sobre la intensión multiplicadora del costumbrismo, si bien se tiene en cuenta que uno de los propósitos fundamentales de dicha escritura consistió en generar grupos lectores que se reunían a compartir los textos no sólo en la participación colectiva que permitía la prensa, sino a partir de las dedicatorias, las tertulias, las cadenas de escritos y las correspondencias, entre otros.

Son varios los testimonios que se encuentran sobre la experiencia educativa, tanto en memorias como recuerdos autobiográficos. Entre ellos quisiera resaltar el cuadro "Lo que va de ayer a hoy" en el que Ricardo Carrasquilla rememora su experiencia como aprendiz. Recuerda que a primera hora en su escuela se estudiaban sin ninguna explicación y de memoria, las lecciones, principalmente el Nebrija, y a continuación "tomadores y tomados" se dedicaban a dar cuenta de sus lecciones mientras el maestro se encargaba de repartir azotes y ferulazos.

El aprendizaje por temor y dolor fue el lugar de encuentro en los colegios tanto públicos como privados. Sobre la silla del maestro un letrado que rezaba: "La letra con sangre entra y la labor con dolor"². Fue así como castigo, memorización y citología se consolidaron en las bases de un método dirigido básicamente al

aprendizaje de la escritura, la lectura, las matemáticas, el dibujo lineal y la doctrina cristiana.

El sistema al que hacía referencia Carrasquilla, y que predominó en las décadas de mitad de siglo, fue inspirado en el método lancasteriano que había recibido el respaldo tanto de Bolívar como de Santander, y que fue motivo de crítica y transformación por las propuestas radicales de la década del setenta.

El escenario consistía en un aula de clase en la que ya previamente habían sido seleccionados los estudiantes de acuerdo con su nivel de aprendizaje. La enseñanza de la lectura se presentaba bajo tres puntos principales: la primera sección, para leer las letras del 'alfabeto' la forma y división del 'abecedario' la segunda, leer las sílabas, el 'silabario' y la tercera, eran las clases de vocabulario o 'lectura corriente'.

La actividad de la lectura, bajo la supervisión de los monitores, se realizaba según el "Manual de enseñanza mutua" (1845) elaborado por José María Triana, de la siguiente manera: "...los niños no deben leer sentados, sino que, después de la escritura desfilan y van marchando con las manos atrás, a colocarse en los semicírculos frente al cuadro que les está preparado". Dos eran las mecánicas: a la vista del cuadro y en el libro o de memoria. Si era a la vista, el primer estudiante leerá la primera letra seguido del segundo quien leerá la segunda, luego el tercero y así sucesivamente. El que cometía error, pasaba al final de la fila, siendo corregido éste no por el monitor sino por el estudiante consecutivo. El monitor se limitaba a mantener el orden y a señalar en el cuadro la lectura indicada. Era premiado el estudiante que permanecía durante el ejercicio ocupando el primer lugar. Si la lectura era de memoria, "...el monitor quita el cuadro, cuelga la vara en el clavo, vuelve a su lado lo escrito y escoge la sílaba, palabra o frase que quiere hacer repetir: si la clase usa libros, el monitor los hace tener en las manos, que estarán atrás"³. En algunos casos también el monitor volvía el cuadro y decía el principio de una frase o la frase casi entera para que el niño la completara "Dios creó... y el niño responde el cielo y la tierra o de otro modo el monitor dice: ¿quién creó el cielo y la tierra? y el niño responde Dios".

Cuando el aprendizaje de la lectura estaba más avanzado se ejercitaba en cuadros que contenían extractos de la Biblia, máximas del Evangelio, sentencias mora-

2 Ricardo Carrasquilla. "lo que va de ayer a hoy", Museo de cuadros de costumbres, variedades y viajes. ed José María Vergara y Vergara 1866. Primera edición. (Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1973) 115.

3 José Marías Triana. *Manual de enseñanza mutua* (Bogotá: Imprenta J. A. Cualla, 1845) 11.

les o el estudio del Catecismo. Fue por esto que el curso de Doctrina Cristiana se hizo generalmente en la hora de la lectura y manteniendo la anterior estructura de catecismo, en la que se simulaba un diálogo entre maestro y estudiante a partir del esquema de pregunta y de respuesta, preparada previamente para su memorización.

Cabe señalar que la relación de los estudiantes con los libros o catecismos era muy poca y su manipulación restringida a las normas: "Cuando se usan libros, no se confían a los niños sino en el momento de la lectura, y el monitor general es el que los distribuye a los monitores particulares, que los recogen después de la lectura para guardar en el armario. Esta costumbre está en consonancia con los principios de economía, orden y conservación que deben observarse en estos establecimientos"⁴.

La implementación del "Método de enseñanza mutua" contribuyó a consolidar la religión católica como el objetivo final del aprendizaje, más aún si se tiene en cuenta que se presumía deber de todo cristiano la obligación de difundir la doctrina y el papel de acabar con todo lo que atentara contra ésta. Este método fue vigorosamente difundido por los colegios conservadores, los que surgieron con mayor fuerza a partir de las leyes de libertad de enseñanza promulgadas por los gobiernos liberales a partir de año 1846 con José Hilario López y que sería llevada a su mayor expresión en la propuesta de Dámaso Zapata en la década del setenta.

Fue así como esta enseñanza de la lectura era reforzada con las constantes disposiciones que desde periódicos, fundamentalmente en "El Catolicismo" se daba a las madres de familia para que utilizaran el Catecismo como libro por excelencia para inculcar la lectura en los niños: "El libro popular, es sublime en su sencillez, resumen de toda filosofía del Cristianismo, el catecismo en el que se encuentran todas las verdades necesarias para la vida del hombre"⁵.

Esta actitud que se imprimió desde la infancia de una relación indisoluble entre el aprendizaje de la lengua y los principios morales del catolicismo, condujo a estrechar los vínculos entre el futuro lector y la tradición fuertemente hispánica. La actitud no era ajena al respaldo que desde el catolicismo se daba al uso de la

lengua española, como fuerza de oposición ante algunos grupos liberales que promovían el aprendizaje de otras lenguas y con ello el ingreso de nuevas ideas que podían poner en peligro las establecidas. Se trataba de una relación indisoluble de continuidad entre la lengua, su aprendizaje y los principios católicos.

El mundo de lo público se constituyó entonces desde la infancia en el espacio por excelencia para la lectura. Ejemplo de esto también son las instrucciones presentadas por José Joaquín Ortiz en sus *Lecturas selectas en prosa y verso para los alumnos de las escuelas en Colombia*. Se titula "Del gesto en la lectura" y allí afirma:

1. "Todo el peso del cuerpo debe descansar en la pierna derecha.
2. Que las rodillas estén rectas, y lo mismo el cuerpo, aunque no perpendicular, sino inclinado a la derecha, y más bien hacia adelante.
3. Tener el libro o manuscrito en la mano izquierda.
4. Mirar lo más a menudo al auditorio, sin perder el lugar del libro en que se lee u olvidar las palabras.
5. Levantar la mano derecha cuando se exprese algo sublime, o haya de mostrarse el cielo.
6. Señalar el suelo con la mano derecha (y nunca con un sólo dedo), cuando lo exprese el sentido.
7. No accionar nunca con la mano en que se tiene el papel o libro en que se lee"⁶.

Leer consistió, así, en una manera de compartir una actividad propiciada por la norma y por lo tanto una forma de diálogo en el que se reconocían una serie de principios comunes. No fue gratuita por ejemplo la relación entre lo sublime y el cielo.

Entonces, leer en público hizo parte de la cotidianidad de la literatura en una sociedad, que se concebía como mayoritariamente católica, si bien se tiene en cuenta que era literario todo aquel escrito que no atentara contra la moral y las buenas costumbres. Fue público el carácter de las dedicatorias, las tertulias, los certámenes literarios en escuelas, colegios y universidades. Permanecieron como actividades en las que se

4 José María Triana 18.

5 "Leed madres de familia, leed" *El Catolicismo*. (Bogotá) enero 1 de 1851: 250.

6 José Joaquín Ortiz. *Lecturas selectas en prosa y verso para los alumnos de las escuelas de Colombia*. Segunda edición. (Bogotá: Imprenta a cargo de Fernando Pontón, 1888) 300.

asumían una serie de convenciones y se aceptaba la pertenencia a un grupo determinado. Lo público, hacía posibles formas de control y supervisión colectivas sobre los textos. En oposición para ellos, la lectura en privado ponía en peligro las costumbres de los jóvenes y de las mujeres, ya que más que el desarrollo de la colectividad lograba la libre interpretación por parte del individuo. Era por esto que se estimulaban por ejemplo las lecturas en familia, de padres a hijos y la formación de Sociedades Literarias Católicas.

Con sorpresa, Carrasquilla observará que una de las diferencias de lo que va de ayer a hoy es que los jóvenes dicen "estudiar mentalmente", donde la férula y el azote no podían ingresar a efectuar su función. Por supuesto el mundo de lo privado estaba más asociado al mundo de lo no permitido, ya que era más probable que pudiera escaparse el control del proceso lector. No por otra razón fue tan necesaria la vigilancia sobre las lecturas.

Y esa vigilancia correspondió en gran medida a los mismos educadores. La escritura y la literatura hacían parte fundamental de las actividades que desarrollaban los maestros que además de educadores eran usualmente colaboradores de periódicos, literatos y políticos. Luciano Rivera y Garrido, en sus "Memorias de un colegial", recuerda cómo entre sus maestros en el Colegio Pérez Hermanos, al finalizar la década del cincuenta, se encontraban Manuel Ancízar, José María Vergara y Vergara, José Manuel Marroquín y los Pérez, entre otros.

A la situación expuesta anteriormente se debió que Rivera se viera en la necesidad de transgredir la norma, para leer a escondidas una que otra novela entre las que se encontró "Robinson Crusoe". La norma dio cuenta del papel que a la lectura se adjudicaba en un establecimiento de maestros-escritores: "los pasantes y profesores habían recibido órdenes terminantes del director del colegio: al niño al que se le sorprendía con libros que no fueran los textos de estudio, eran castigados sin misericordia"⁷.

Aprender a leer fue entonces la formación de una serie de destrezas que hacían posible participar del mundo de lo público y compartir las actividades de un grupo. La lectura debía ser pública ya que desde la niñez los individuos debían saber no sólo que la sociedad se dividía entre los que sabían y no sabían leer, como que, y quizá lo más importante, existía una gran diferencia entre los que leían unas cosas y los que leían otras.

En el siglo XIX colombiano la lectura se convirtió en una forma de distinción social ya que se concibió la palabra escrita como determinante en la preservación de las costumbres. No se trataba sólo de los procesos de censura desde los púlpitos, las leyes de gobierno, la prensa o en los reglamentos de los colegios. Se trataba de la elección de las lecturas como una manera de quehacer en la que se evidenciaba una actitud frente a la realidad y con esto la elección de una forma de participación social.

Penn State College,
julio, 1997

7 Luciano Rivera y Garrido. (1846-1899) *Memorias de un colegial*. (Bogotá: Biblioteca Aldeana de Colombia, 1936) 42.